

tres, y termina en el mil quinientos ochenta y nueve, al folio ciento diez vuelto, se halla una partida que, copiada literalmente, dice así:

«XTOBAL DE TORRES

«Lunes a quatro de henero de mil y quinientos setenta y quatro años se bautizo Christobal de Torres hijo de Juan de Torres y de su muger ageda de Motones fueron sus padrinos iñigo de zumel Sarabia escribano mayor y doña maria de Sarabia su hermana muger del licenciado F.º Lopez de basurto en fe de lo qual lo firme de mi nôbre fecha ut supra—Doctor Lago—Rubricado.

«Concuerta exactamente con el original a que me remito. Y para que corste, expido la presente que firmo y sello con el de esta Iglesia Parroquial en Burgos a diez y nueve de Febrero de mil novecientos quince.

(L. S.)

LIC. FRANCISCO RUEDA.»

---

## EL RENACIMIENTO

### de la filosofía escolástica en el continente americano

Al señor doctor Rafael María Carrasquilla  
con ocasión de sus bodas de plata.

No es con tinta, sino con sangre, y en papel de luto, como se debería escribir hoy día sobre la filosofía escolástica. La universidad de Lovaina ya no existe. El ejército más bárbaro que haya visto el mundo la ha destruido por completo (1). Y no ha sido éste uno de los inevitables accidentes de la guerra. No ha sido siquiera la venganza de Goliath al verse dar por

---

(1) La REVISTA, que es neutral en la actual guerra europea, no prohija los conceptos de este estudio contra Alemania. 3

David el golpe mortal. El espíritu germánico, esencialmente bárbaro y pagano, veía en Lovaina la encarnación más pura de la filosofía grecocristiana. Y el vándalo ha hecho su obra.

Nosotros, los herederos del helenismo y de la escolástica, aceptemos tamaña desgracia con la cabeza erguida y la vista serena. Bélgica renacerá de sus cenizas. Dios no muere y la filosofía no morirá. Siempre vivirás entre nosotros tú,

Grecia, Grecia inmortal, madre amorosa  
De héroes y genios, sosegada fuente  
De rica inspiración, fecunda esposa  
Del arte, eterna luz de nuestra mente.

Hasta que haya sido domado el monstruo, mientras la Europa vierte lo más puro de su sangre para salvar la civilización amenazada, volvamos los ojos hacia el continente americano. Veamos las raíces ya profundas que ha echado aquí la escolástica, y sentiremos tal vez algún consuelo que nos ayudará a soportar estos tiempos de prueba. Y cuando hayan triunfado ya nuestros hermanos europeos, cuando una Lovaina renacida aparezca con nueva brillantez en el firmamento del escolasticismo, les enviaremos este modesto tributo de agradecimiento y de admiración.

### I—Los Estados Unidos

Los orígenes de la escolástica en los Estados Unidos remontan hasta una época que puede ya considerarse como remota. Más de diez años antes de la encíclica *Æterni Patris*, el jesuita Louis Jouin, profesor en St. John's College, hoy la Universidad de Fordham, en Nueva York, publicó varios libros de texto que han tenido la buena fortuna de ser adoptados en varias instituciones hasta ahora. Los dos más conocidos son los *Elementa Philosophiæ Moralis* (1865), y *Compendium*

*Logiæ et Metaphysicæ* (1869). En este país, estos dos volúmenes fueron considerados casi como revolucionarios, pues los católicos, siguiendo a Brownson, se habían vuelto ontólogos. Se exaltaba entonces y se llevaba hasta las nubes al italiano Gioberti; y el doctor Brann, entonces joven sacerdote, hoy uno de los más venerables párrocos de esta ciudad, lo proclamó el más grande filósofo del siglo décimo nono.

Los tiempos cambiaron. ¿Creció la semilla tan modestamente echada en el suelo por el Padre Jouin? ¿O se extendió hasta este país la influencia del escolasticismo europeo, joven todavía y vigoroso? El hecho es que la Universidad de San Luis pronto siguió el ejemplo de Fordham, y el jesuita Mill también publicó libros de texto, escritos esta vez en inglés. Los *Elements of Philosophy*, publicados en 1873, fueron seguidos por el volumen *Ethics, or Moral Philosophy*, el cual vio la luz del día en el año de 1878, el año de la encíclica.

Desde entonces, la filosofía escolástica ha florecido en todos los colegios de la Compañía de Jesús. En Georgetown, en San Luis, en Fordham, Santo Tomás de Aquino ha visto cada año nuevas generaciones de discípulos acudir bajo su bandera. Los libros de texto se han multiplicado. Y, de cuando en cuando, otras obras del más alto interés han aparecido, ventilando algún punto especial de la filosofía tomística, o aplicándola a las más importantes cuestiones de nuestros días. En el año de 1894, el Padre Ming, en su obra *The Data of Modern Ethics*, se hizo el campeón de los principios de la ética tradicional contra los positivistas, los hedonistas y los agnósticos. Más tarde, estudiando todavía con más profundidad las cuestiones sociológicas, dio a la luz del día *The Characteristics and the Religion of Modern Socialism* (1908), *The Morality of Modern Socialism* (1909); y llegó a ser reconocido como una autoridad en cuestiones políticas.

Casi al mismo tiempo, en otra parte del país, otros dos sabios hijos de San Ignacio, el Padre Coppens y el Padre Holaind, aplicaban los principios tomísticos, el primero a las ciencias medicales, el segundo al derecho. Y se enriqueció la neo-escolástica norteamericana con dos obras maestras: *Moral Principles and Medical Practice*, publicado en 1897, *Natural Law and Legal Practice*, en 1899. Vieron entonces con asombro los protestantes que no se podía ya considerar a Santo Tomás como a un filósofo anticuado, cuyas obras deben conservarse en las bibliotecas como se conservan las momias egipcias, impotente empero para echar luz alguna sobre las cuestiones del día. Admiraron la enseñanza fresca y lozana, la doctrina llena de vida y de vigor juvenil que los dos sabios jesuitas habían expuesto con tan consumado talento. Comprendieron que en medicina el materialismo no puede tener la última palabra, que el cuerpo humano no es una redoma donde se mezclan las drogas, o una máquina que se repara o se bota; pero que si bien es ceniza la parte material de la persona humana, es una ceniza animada por el soplo de Dios.

Con todo, habían pasado casi veinte años desde la promulgación de la encíclica, sin que poseyera la república norteamericana un gran centro de escolasticismo. De varios puntos del país, esfuerzos individuales daban resultados espléndidos, pero eran debidos a obreros aislados, que si bien luchaban con denuedo para la causa común, no podían vencer al enemigo, semejantes a soldados a quienes falta un general. Por fin, en el año de 1895, se abrió en Washington la escuela de filosofía de la Universidad católica. Era el sol alrededor del cual los planetas y satélites, errantes en lo pasado, iban ya a agruparse.

La idea de esta fundación no era nueva. En el segundo Concilio de Baltimore, en 1866, los obispos nor-

teamericanos habían ya manifestado el deseo de que se abriera una universidad. Pero el país no se había repuesto de la terrible guerra que por cinco años lo había desolado, y un cuarto de siglo había de pasar antes de que el deseo de los obispos pudiese realizarse. Por fin, en 1884, el tercer Concilio de Baltimore incluyó en sus *Acta et Decreta* la resolución de fundar una universidad, al mismo tiempo que la Providencia divina, por conducto de Miss Mary Gwendoline Caldwell, enviaba trescientos mil pesos para inaugurarla. Decidieron los obispos del concilio el establecer en Washington la universidad naciente y nombraron de rector al Ilustrísimo Señor John J. Keane, obispo de Richmond.

Cinco años más tarde, el Sumo Pontífice León XIII, en su carta apostólica *Magni nobis gaudii*, aprobó la constitución de la universidad y le dio el poder de conferir grados universitarios. En 1895, se inauguró la facultad de filosofía.

Dios ha bendecido la obra y la ha hecho fructificar. De todas las partes de esta inmensa república, legiones de jóvenes sacerdotes se dirigen cada año hacia Washington para beber en su fuente más pura la sabiduría divina y humana. Y nosotros que no hemos podido tener la buena fortuna, de acercarnos a esta divina fuente, ¡con cuánto afán seguimos desde lejos su movimiento y nos interesamos por todo lo que de ella emana! Pues numerosas han sido las contribuciones del nuevo establecimiento a la literatura escolástica. En 1903, nos dio el doctor William Turner la mejor historia de la filosofía publicada en este país.

Es un volumen claro, conciso y exacto que debería leer y meditar todo estudiante, considerándolo como el fundamento de la ciencia a que aspira. Además de este admirable libro de texto, ¡cuántas otras obras no debemos a la Universidad católica! La *Lógica* del mismo

doctor Tuner, los dos volúmenes del señor Driscoll, *God and Treatise on the Human Soul*; *The Knowbleness of God*, del doctor Schumacher; *The New Philosophy in France*, del doctor Sauvage son unas pocas de las joyas literarias y filosóficas con que ha enriquecido la literatura del neo-escolasticismo.

Le debemos también esta revista tan bella que venía cada mes a llenarnos de gozo y de instrucción, y que desgraciadamente ya no se publica más, el *Catholic University Bulletin*. Asuntos religiosos, filosóficos, históricos, literarios, todo se halla en la sabia revista. De vez en cuando, nos regalaba algún estudio sobre la América española, y dio la bienvenida a dos artículos nuestros sobre colombianos ilustres, Francisco José de Caldas (1912), y Rufino José Cuervo (1913).

La enseñanza de la Universidad católica no se ha limitado a los cursos dados en Washington. Sus profesores han ido a todos los centros importantes del país, defendiendo por dondequiera con denuedo y bizarría los principios de la filosofía medioeval. Nunca olvidaré una serie de conferencias sobre Aristóteles, dadas, hace ya algunos años, por el doctor Turner en la *Academy of Music* de Brooklyn. De todas las partes de esta gran ciudad nos habíamos congregado para oír al sabio profesor. Inmensa era la sala, y, sin embargo, no podía hallar uno un puesto vacío. Cuando entró el orador, y resonó en la sala su voz sonora, colgada de sus palabras la audiencia, no tardó en participar de su entusiasmo por el ilustre Estagirita. Nos estremecía a todos una misma corriente magnética. Y cuando nos habló de la sociedad griega en el tiempo de Aristóteles, de la vida ideal de los estudiantes de la edad media, sentimos cuán baja, cuán inferior es la vida puramente material, el culto del dios *dollar*, a que tiende hoy día nuestra civilización. Todos comprendimos entonces esta gran verdad, que debía formularnos algunos años más tarde un sabio sud-

americano, que es de mayor momento la metafísica para la felicidad temporal de las naciones, que la agricultura, la cirugía o la ingeniería de minas. Y si todos los auditores, al volver a sus casas, no colocaron debajo de su almohada un volumen de Aristóteles, como lo hacían los estudiantes de la edad media, todos, sin duda ninguna, tuvieron en la mente un nuevo ideal y se volvieron más hombres.

Tan nobles esfuerzos no han sido baldíos. El escolasticismo ha penetrado en las universidades protestantes, y ha dado en varias de ellas frutos que nos dejan augurar el más risueño porvenir. En el año de 1909, un sacerdote norteamericano, el señor J. B. Ceulemans, escribiendo en la *Revue Née-Scholastique* de Lovaina un artículo sobre el movimiento filosófico en los Estados Unidos, hacía notar que en la Universidad de Columbia, en Nueva York, se daba un curso de dos horas sobre la filosofía de Santo Tomás, pero que en las demás universidades de este país ni siquiera se consideraba a la escolástica como digna de atención.

La Universidad de Columbia empezó en efecto, en el año de 1909, a enseñar oficialmente la filosofía de Santo Tomás. El curso al cual se refiere el señor Ceulemans era dictado por el doctor Dickinson S. Miller, quien escogió como libro de texto la *Summa contra Gentiles*. En el mismo año de 1909, la misma universidad tuvo a bien publicar una obra mía sobre el renacimiento de la filosofía escolástica en el siglo décimo nono. Y ahora como entonces se enseña en Columbia la filosofía del Doctor Angélico. Hay un curso de dos horas sobre el escolasticismo, dado este año por el Padre Clifford; y en él se considera con atención especial la influencia de León XIII y las diferentes fases del movimiento neo-escolástico en todos los países del mundo. Además, en sus cursos de metafísica, se inspira de Aristóteles el doctor Woodbridge, y recomienda a sus dis-

cíbulos como libro de texto la metafísica del jesuíta Rickaby.

Las otras universidades del país también empiezan a interesarse en el pensamiento de los sabios de la edad media. La Universidad de Pensilvania ofrece a sus estudiantes un curso separado sobre la filosofía medioeval, y la Universidad de Harvard acaba de ofrecer una cátedra de filosofía al doctor Mauricio De Wulf, antes profesor en la Universidad de Lovaina, y célebre en el mundo entero por sus contribuciones a la literatura neotomista.

## II—México

El escolasticismo ha sufrido eclipse en la república mexicana. ¿Cómo podría florecer la filosofía en esa tierra desgraciada, víctima de la anarquía, devorada por una guerra fratricida, la más sangrienta que haya desolado la América española? Nosotros los americanos del norte, somos los que debemos golpear nos el pecho. En nuestra política mexicana tenemos la prueba de que la sabiduría humana, abandonada a sí misma, se convierte en locura. Y si no, ¿cómo explicar que el eminente estadista que gobierna este país, cuya política ha sido por lo demás tan sabia y justa, se haya aliado con unos bandidos, cuyo jefe había sido ya condenado a muerte, y que han amontonado sobre su desgraciada patria la ruina y la desolación?

Desde que el ilustrísimo señor José María de Jesús Díez de Sollanos y Dávalos publicó su carta pastoral sobre la encíclica *Æterni Patris* e hizo de su seminario de León un centro de neo-tomismo, parecíale reservado al escolasticismo en México un glorioso futuro.

¡Con cuánto entusiasmo inauguraron los mexicanos, en el año de 1896, su nueva Universidad Pontificia! Pensando que la paz tan deseada por la nación se había establecido ya definitivamente, el Ilustrísimo señor

Obispo de México, don Próspero María Alarcón y Sánchez de la Barquera, pidió instantemente al Sumo Pontífice la erección de una universidad en la que se confiriesen los grados académicos, y el gran León XIII, por decreto de la Sagrada Congregación de Estudios de fecha 14 de diciembre de 1895, concedió gustoso lo que se le pedía. El 30 de abril del siguiente año se verificó la solemne inauguración de la universidad.

Entre los propagadores del escolasticismo en México, saludamos a Rafael Cagigas (1864-1890), filósofo y poeta, quien en periódicos católicos, como *La Voz de México* y *El Herald*, y luégo en obras separadas, se hizo el campeón de la filosofía tomística. Con una alma de poeta estudió a Santo Tomás y adornó las teorías las más abstractas con una poesía original que es toda luz, color, armonía y hermosura. ¿Qué cosa más prosaica que la teoría de la materia y de la forma? Y sin embargo, para la ardiente imaginación del señor Cagigas, contiene una armonía sin límites, se parece a un bellissimo sueño.

Saludemos también al dominicano Guillermo García, profesor de teología dogmática en el Seminario Conciliar de San Luis de Potosí. En varios artículos publicados en *El Estandarte*, periódico potosino, expuso y defendió los principios de la filosofía tradicional. Más tarde, en el volumen *Tomismo y Neotomismo*, desarrolló los mismos principios y fue uno de los primeros historiadores del movimiento neo-escolástico.

Saludemos por fin al más ilustre neo-escolástico mexicano, al presbítero Emeterio Valverde Téllez. Sus *Apuntaciones sobre la filosofía en México* y su *Bibliografía filosófica mexicana* son obras con cienzudas, llenas de valiosa información que en vano buscaríamos en otras obras. Allí no sólo traza el autor los grandes rasgos de la filosofía mexicana, sino que se aplica a exponer las ideas de cada escritor, desde la época más remota.

Da el título y la fecha de todas las obras filosóficas publicadas en su patria, analiza y critica todas las doctrinas.

Esperemos que estos sabios y valerosos obreros tendrán continuadores, y que nuestros hermanos mexicanos, habiendo conquistado finalmente esta paz que tanto necesitan, podrán, como en lo pasado, aplicar su mente a todos los estudios que ennoblecen la mente humana.

### III—Brasil

El 15 de julio de 1908, el doctor Carlos Sentroul, antes profesor de la universidad de Lovaina, inauguró la enseñanza de la filosofía escolástica en la universidad de San Pablo. En el día de la inauguración, en presencia de varios obispos, de los representantes del gobierno y de los miembros del *Consejo de estudios universitarios*, el señor Sentroul expuso el espíritu y el método de la escuela neo-tomista. Mostró sucesivamente en qué consiste la filosofía, cuál es el valor del aristotelismo tomístico, y cómo es preciso, al mismo tiempo, adherir a esta filosofía y cultivar la ciencia moderna, estudiar las otras doctrinas filosóficas y profesar la fe católica.

Hé aquí un pasaje de su discurso de inauguración:

«La edad media no es lo que piensan algunos de sus adversarios. No por haber descubierto el telégrafo, los ferrocarriles, los automóviles, el aeroplano, pueden los hombres del siglo vigésimo gloriarse de ser, en todo respecto, más inteligentes que sus antepasados que no recibían periódicos, e iban a pie o a caballo de una universidad a otra, con manuscritos sobre los hombros o en las alforjas. ¿Quién negará que pueda uno escribir disparates con luz eléctrica y cosas bien pensadas a la luz de una vela? Por lo que se refiere a la filosofía, podemos ir a la escuela del siglo décimo tercio.

La filosofía moderna se ha encargado de probárnoslo.»

Y un poco más lejos añade:

«Por otra parte declaramos lealmente que si algún día un descubrimiento nuevo se opone a alguna teoría de Santo Tomás o de Aristóteles, abandonaremos al punto la tal teoría sin titubear y sin echarla de menos. Importa una sola cosa, la verdad. *Amicus Aristoteles, amicus Thomas, magis amica veritas. . . Sola amica veritas.*»

Estos pensamientos, que representan la doctrina de los más ilustrados neo-escolásticos modernos, fueron expuestos con más amplitud por el doctor Sentroul en una obra que publicó en 1909, bajo el título de *¿Qué es filosofía?* y que mereció el honor de ser traducida al alemán y mentada en varias revistas americanas y europeas.

### IV—Colombia

La República de Colombia merece un puesto de honor en la historia del movimiento escolástico. Otros países han contribuido al movimiento con obras más voluminosas, pero ¿en qué otra nación se ha adoptado oficialmente el escolasticismo como a representante perfecto del espíritu nacional? ¿En qué otra nación se ha enseñado la filosofía tomística en todos los colegios y facultades oficiales?

¡Llor a los próceres que tal movimiento han encabezado! La filosofía escolástica, nacida en la Grecia antigua, es, según Guillermo García, española por derecho de conquista. La raza que ha dado al mundo los grandes teólogos, esa raza que halla en su tradición católica su mejor título de gloria, como se lo demostró el genio incomparable de Menéndez y Pelayo, no puede abandonar la filosofía tradicional de la vieja España sin condenarse a una imitación servil e infructuosa, que le cierre para siempre todas las sendas del

engrandecimiento intelectual. Esto es lo que han comprendido los hombres eminentes que dirigen hoy día el movimiento intelectual de Colombia.

En otras repúblicas, y en la misma España, se hallan todavía hombres que, renegando de sus glorias nacionales, remedan un positivismo árido y superficial, o emboscándose en las tinieblas del pensamiento germánico, como en una selva oscura e inextricable, siguen a ciegas a un autor incomprensible sin osar apartarse de él un negro de uña, y, con todo, tachan de serviles imitadores a los más genuinos representantes del espíritu nacional. En Colombia también prevalecieron ideas semejantes en lo pasado, como lo prueba el hecho de que, desde 1826 hasta 1885, la filosofía sensualista de Destut de Tracy y la moral utilitarista de Jeremías Bentham se enseñaron en las escuelas y colegios oficiales de la república; plantas exóticas que no pudieron aclimatarse y no dieron fruto alguno. ¿Qué obra filosófica escrita en tan largo período acertó a salvar las fronteras de la tierra patria? Por fortuna, la éra de semejantes titubeos parece haber pasado para siempre.

¡Llor a ti, valiente obrero de la primera hora, que, desde las aulas del *Liceo de la Infancia*, diste a conocer a tus conciudadanos el más grande pensador de la España moderna! Desde las regiones de la gloria donde, sin duda, tu grande alma contempla hoy día con complacencia el fruto de tu labor, acepte tu memoria el tributo de la admiración del más humilde de tus discípulos.

Cuando se mienta hoy día a Ricardo Carrasquilla en la península española, se acuerdan los eruditos del poeta festivo, del delicioso autor de las *Coplas*; pero nosotros, que nos hemos interesado en su obra entera, recordamos también, recordamos sobre todo al valiente campeón del catolicismo, al hombre que en la prensa,

en la cátedra, en la tribuna, siempre defendió con gallardía y sin temor la causa cara a su corazón y la hizo triunfar.

En su obra de restauración de la enseñanza católica y de la filosofía tradicional, el señor Carrasquilla no tardó en tener imitadores. En 1865, el ilustre juriconsulto José Vicente Concha fundó el *Colegio de Pío IX*. En sus aulas enseñó la filosofía tomística el hombre eminente que debía llegar a ser una de las glorias más puras de la literatura patria y de la raza española, el devoto de la antigüedad, el perfecto humanista, poeta, filósofo, crítico, teólogo, historiador, legista, estadista, Miguel Antonio Caro. El fue quien primero en Colombia expuso, desde la cátedra, la filosofía de Sanseverino. Aunque no fue puro tomista, siempre se inspiró si no de la letra, a lo menos del espíritu de Santo Tomás, y en su *Estudio sobre el utilitarismo*, supo refutar con su potente dialéctica, todos los errores de la filosofía oficial.

¡Cuántos otros adalides no ofreció entonces la culta Colombia! Cuántos distinguidos escritores cuya aparición en el campo de batalla contribuyó a ahuyentar las filas enemigas. Antes de Carrasquilla, o en su tiempo Francisco Margallo, Ricardo de la Parra, Mario Valenzuela atacaron ya en revistas o en folletos la filosofía oficial; y, más tarde, en la víspera de la victoria completa del escolasticismo, el señor Marco Fidel Suárez hizo con admirable maestría y buen éxito una activísima campaña contra las doctrinas del filósofo ecléctico Rottisberger.

En 1878, algunos meses antes de la promulgación de la encíclica *Æterni Patris*, el presbítero don Joaquín Gómez Otero, catedrático de metafísica en el seminario, introdujo en el aula la enseñanza puramente tomística, con beneplácito del rector del seminario, el doctor Bernardo Herrera Restrepo, más tarde arzobispo de Bogotá.

Por fin, en 1886, se introdujo la enseñanza de la filosofía escolástica en el Colegio del Rosario. El rector del colegio era entonces el eminente profesor y elegante escritor Carlos Martínez Silva. Confió la cátedra de filosofía al presbítero Gómez Otero.

El Ángel de las escuelas entró triunfalmente en el ilustre claustro que con todo derecho le pertenecía. Y este nuevo sol del escolasticismo colombiano no sólo radió sobre Colombia, sino que no tardó en echar fulgores de luz sobre el continente europeo. En libros y revistas de América y de Europa, se admiró la enseñanza pura y fresca, que salía de los claustros de Fray Cristóbal de Torres; se alabó el espíritu de amplia libertad, verdaderamente tomístico, que animaba a los filósofos rosaristas. Las dos más grandes revistas neo-escolásticas del mundo, la *Revue Néo-Scolastique* y la *Revue Thomiste* saludaron con afecto y reverencia a los colegas colombianos.

¡Con cuántas obras importantes no ha enriquecido el colegio la literatura neo-escolástica! La lógica del doctor Restrepo Hernández, cuya primera edición data de 1907, y cuyo mayor título de gloria es el haber merecido la admiración del célebre crítico Rufino José Cuervo; el *Derecho Internacional* del mismo doctor Restrepo; basado también sobre el más puro tomismo, obra maestra que, como las Sumas del Angélico Doctor, derriba la tiranía en todas sus formas, y debería hallarse en las manos de todos los que pretenden dirigir a las naciones; la *Metafísica* del ilustre rector del Colegio, Rafael María Carrasquilla, obra maestra también, perfecta en su género, que combina tan espléndidamente la filosofía antigua y la ciencia nueva, mostrando que la verdad es una, y que los nuevos descubrimientos científicos, lejos de echar duda sobre las verdades antiguas, las hacen brillar con nuevo esplendor.

Y alrededor de estas obras magnas, qué de obras del más alto interés aparecieron, colocando al Colegio del Rosario al nivel de los más grandes centros escolásticos del mundo.

En 1897, los *Apuntes sobre Balmes* de Luis María Mora, leídos y alabados en la patria de Balmes; en el año siguiente, la *Filosofía Positivista* de Samuel Ramírez, obra de un pensador profundo que nos arrebató la inescrutable Providencia de Dios al momento en que la estrella del joven filósofo parecía ascender con nuevo brillo en el firmamento de la gloria y del honor; el *Santo Tomás de Aquino ante la ciencia moderna* de Francisco María Rengifo, interesante monografía en que defiende el autor la tesis tan cara a todos los tomistas de que entre la sabiduría antigua y la ciencia moderna no hay ni puede haber oposición; por fin, más cerca de nosotros, el interesante ensayo sobre San Juan Crisóstomo del doctor José María Restrepo Millán, quien, nutrido en las lenguas y las ciencias de la antigüedad, hace aparecer delante de nosotros la majestuosa figura del gran Padre de la iglesia griega.

No olvidemos la *Barbarie del lenguaje escolástico* del doctor Carrasquilla, en que el gran filósofo y orador se muestra también filólogo eminente, digno de sus célebres compatriotas Rufino José Cuervo y Marco Fidel Suárez.

Y todo esto sin contar los ensayos y las monografías que desde hace ya diez años nos ofrece cada mes la Revista del Colegio. Allí también hallamos valiosas contribuciones científicas al lado de las más bellas creaciones artísticas, desde los artículos de Liborio Zerda sobre el rádium que merecieron los elogios de la *Revue Néo-Scolastique* de Lovaina hasta el discurso sobre Menéndez y Pelayo del célebre escritor Antonio Gómez Restrepo, que puede considerarse como una de las más perfectas joyas literarias que nos ofrece la lengua castellana.

¡Salud, glorioso instituto! A ti volveremos los ojos hasta que el escolasticismo europeo renazca de sus cenizas; y cuando se haya templado la ira divina, cuando la *Revue Néo-Scolastique* aparezca con nuevo brillo en el horizonte de la filosofía, contemplaremos al mismo tiempo los dos astros amados, Lovaina y el Rosario, la estrella del norte y la cruz del sur.

JOSÉ LUIS PERRIER  
Colegial honorario.

Brooklyn, agosto de 1915.

---

## Recuerdo del 2 de julio de 1915

### I

Nunca tuvo un jardín más ricas flores  
Ni el cielo azul más púdicas estrellas  
Que este grupo gentil de niñas bellas,  
Rendidas al amor de los amores.

Ráfagas de celestes resplandores,  
Como rayos de sol, brillan en ellas;  
Y donde estampan sus enanas huellas  
Nardo y jazmín derraman sus olores.

Tanta inocencia y célica dulzura  
Enamoran al Dios que se hizo Niño,  
Y a esas almas en flor prende en sus lazos;

Y en leve fila de sin par blancura,  
Van las pequeñas de candor de armiño  
A reclinarse en los divinos brazos.